

Sara Ahmed

UNA ARMADA FEMINISTA

Me he tomado un tiempo para reflexionar sobre los últimos tres años, para procesar lo que ha pasado puesto que, obviamente, es difícil procesar algunas experiencias mientras están pasando. Por “algunas experiencias” me estoy refiriendo principalmente al trabajo que hemos estado realizando para intentar denunciar el problema del acoso sexual y la conducta sexual inapropiada en las universidades. Este es un trabajo que realizamos y compartimos muchas personas. Después de hacer públicas las razones de mi dimisión,¹ me sentí abrumada por la solidaridad y el apoyo feminista que recibí. Cada mensaje me demostraba algo sobre lo que he estado intentando escribir: vivir una vida feminista trata de cómo nos conectamos y nos inspiramos las unas a las otras en nuestro proyecto común de dismantelar mundos.

Es un trabajo lento y concienzudo pero gajo a gajo lo vamos desgajando. En mi kit de supervivencia aguafiestas explico que la aguafiestas feminista necesita tomarse descansos de su labor de “aguar la fiesta” —sí, se puede considerar una acción ya que esto es lo que estamos haciendo. Puede ser extenuante. He escrito ya sobre cómo evidenciar un problema te convierte en el problema. Sin embargo, incluso habiendo escrito sobre el problema de convertirte en un problema, no dejas de volverte a convertir en un problema de nuevo.

Y por tanto: a veces nos tomamos un descanso del trabajo para poder trabajar.

Durante mi ausencia del blog hemos escogido una portada para el libro *Living A Feminist Life*.²

La imagen de la portada es de la artista feminista Carrie Moyer, conocida por su trabajo en *Dyke Action Machine! (DAM!)*, uno de los primeros proyectos artísticos de intervencionismo queer. Esta imagen es una reelaboración

¹ N. de la T. Sara Ahmed dimitió de su puesto como profesora en la Universidad de Goldsmiths a finales del 2016 en forma de protesta por la falta de acciones tomadas por dicha institución para enfrentarse a los casos de acoso sexual.

² N. de la T. Este libro ha sido recientemente traducido al español como *Vivir una vida feminista* (Bellaterra, 2018).

contemporánea del clásico símbolo feminista del puño cerrado explotando y emergiendo del símbolo de la mujer —bueno, me gusta imaginar que está explotando. Traté este símbolo feminista en la conclusión de *Willful Subjects* (2014). Vuelvo a hablar de ello en *Living a Feminist Life* (2017), porque mi libro retoma la “llamada a las armas/ a los brazos”³ con la que acabé mi trabajo anterior. Quería oír las armas, los brazos, en esta llamada, u oír las armas —y los (a)brazos— como una llamada.

El brazo me llegó a importar como figura por cómo aparece en el archivo de la voluntariedad. Quiero compartir esa historia sobre cómo los brazos me llegaron a importar como una manera de analizar lo que significa reunir una armada feminista.⁴

Vivir una vida feminista explica mi propia historia de devenir feminista. Una historia siempre empieza antes de poder ser narrada. Devenir feminista puede significar a menudo buscar compañía, buscar a otras que compartan este devenir. Para mí, esta búsqueda de compañía feminista empezó a través de los libros; me retiraba a mi habitación con libros. Las niñas obstinadas fueron las que captaron mi atención. Cuando escribí mi libro *Willful Subjects* concreté en una trayectoria de investigación mi búsqueda de chicas obstinadas. Al empezar a seguir la figura de la niña obstinada, me di cuenta que aparecía en muchos lugares. Siguiendo esta figura me encontré con nuevos textos, que me eran fantasmagóricamente familiares, aunque no los hubiera leído antes. Uno de estos textos se titulaba “La niña obcecada”. Era una historia sombría y una historia de los hermanos Grimm.⁵ Dejéme volver a compartirla, para aquellas personas que no la hayáis leído antes:

Érase una vez una niña que era obcecada, y que no hacía lo que su madre le mandaba. Por esa razón, Dios no estaba contento con ella y dejó que enfermara, y ningún médico podía sanarla, por lo que, al poco, cayó en su lecho de muerte. Cuando la habían enterrado y cubierto de tierra, su brazo emergió de golpe, estirado, y pese a que intentaban doblarlo y taparlo con tierra fresca, todo fue en vano pues el brazo volvía a asomar de nuevo. Entonces la madre tuvo que ir a la tumba y golpear el brazo con una vara, así el brazo se dobló y la niña pudo descansar bajo tierra.

³ N. de la T. En este texto se da reiteradamente un juego intraducible de palabras, en el que se emplea *arm* (brazo) / *arm* (arma), homógrafas en inglés, así como *army* (que significa armada o ejército). Se pondrá en cursiva el término traducido cuando presente un juego de palabras tanto opaco en lengua española.

⁴ Lo que sigue a continuación es una versión revisada de fragmentos del capítulo 3 “Voluntariedad y subjetividad feminista”, incluido en *Vivir una vida feminista*.

⁵ N. de la T. Juego intraducible de palabras: el apellido de los hermanos Grimm es homófono al adjetivo *grim*, que significa sombrío o desagradable.

Menuda historia. La niña obcecada: tiene una historia que explicar. Esta historia puede ser tratada como una herramienta pedagógica, o como una pedagogía sobre las herramientas —las varas, la maquinaria del poder. Aprendemos que la obcecación se usa como una manera de explicar la desobediencia: una niña desobedece porque es obcecada, porque no está dispuesta a hacer lo que su madre quiere que haga. No se explica en la historia qué era lo que la niña no quería hacer. Desconocemos el motivo específico de la desobediencia porque la desobediencia en sí misma constituye el error: la niña tiene que hacer lo que su madre quiera. Ella no quiere, de ningún modo.

Lo que llama la atención de esta historia es cómo la obcecación persiste incluso después de la muerte: desplazada a un brazo, de un cuerpo a una parte del cuerpo. El brazo hereda la obcecación de la niña puesto que no quiere permanecer bajo tierra, puesto que sigue emergiendo, adquiriendo vida propia incluso después de la muerte del cuerpo al que pertenece. Observemos que a la vara, esto es, aquello que encarna el deseo de la madre, de la soberana, no se la considera obstinada. La vara es el medio para eliminar la obstinación de la niña. Un deseo juzga los demás deseos como obcecados. Un deseo asume el derecho de eliminar otros deseos.

Podemos observar aquí cómo la misma acusación de obcecación es parte crucial del aparato disciplinario. Es esta acusación lo que permite que se entienda la violencia —o incluso el asesinato— como un ejemplo de protección, así como de disciplina. La vara se convierte en una técnica para enderezar a la niña obcecada de brazo díscolo.

Esta historia de los Grimm se inscribe en la tradición de escritura didáctica que Alice Miller, en *For Your Own Good* (1987), llama “pedagogía venenosa”, una tradición que asume que la niña está manchada por el pecado original, y que insiste en la violencia como disciplinamiento moral, como algo necesario para las niñas. Pensemos que, en esta historia, la única vez que la niña descansa es cuando está bajo tierra. Se sigue que la niña solo podrá descansar cuando ceda o renuncie a su propia voluntad, cuando deje de luchar contra aquellas personas a las que tiene que obedecer —su madre, Dios—, cuando esté dispuesta a obedecer.

Estar dispuesta a obedecer evitaría los costes de no estarlo. Una niña con buena voluntad, que no aparece en esta historia, está dispuesta a obedecer, lo que significa que está dispuesta a no tener una voluntad propia. La chica con buena voluntad no aparece, pero es a ella a quien se dirige la historia: la historia es un aviso de las consecuencias de no estar dispuesta a obedecer.

La imagen de cómo el brazo de la niña emergía del suelo me marcó. Me impactó, incluso me afligió. El brazo que aparece en la historia de los Grimm es impactante, en el sentido de que atrae la atención. Es impactante precisamente por cómo aparece. Emerge en una escena de violencia. Vuelve a la vida pese a estar muerto. El brazo es vida después de la muerte. Antes del sombrío final, el brazo se

sostiene un momento en suspensión. Pese a la naturaleza macabra de la historia, el brazo se convierte en un significante de la esperanza; el brazo suspendido está aún alzándose.

Obcecación: la perseverancia pese a haber sido doblegada. Tenemos que alcanzar el brazo para portar esa chispa, para sentir el pulso de su frágil vida. Tomamos el brazo en ese momento de suspensión.

Por lo tanto: incluso después de que la niña obcecada haya sido doblegada, persiste una chispa, un tipo de energía. El brazo encarna esta perseverancia. El brazo tiene que remover el suelo, alzarse, salir de la sepultura, de esa tumba, ese entierro.

Podemos darle la vuelta al final macabro y convertirlo en una trama feminista. El brazo está descansando no porque la niña haya sido vencida sino para que pueda volver al trabajo; para que pueda volver a emerger.

Una trama feminista: está esperando cuando parece que está siendo obediente. Entre bastidores: está esperando.

Podríamos, por tanto, repensar la historia de los Grimm como una historia institucional; las instituciones, después de todo, pueden ser sombrías. Es una historia que circula en las instituciones. Ofrece un aviso, una amenaza: da tu opinión y serás golpeada. La historia es también una invitación para las que están en riesgo de identificarse con el brazo díscolo: una invitación a convertirse en la vara como una forma para evitar las consecuencias de ser golpeadas. Convertirse en la vara: hay demasiada violencia condensada en este acto. No obstante, somos testigos de incontables invitaciones a identificarnos con aquellas que disciplinan a fin de no ser golpeadas. No es de extrañar: la niña obcecada emerge cada vez que se pone en duda la voluntad institucional. Cada vez que, por ejemplo, se señala el racismo o el sexismo, la niña obcecada reaparece: como si dijera, da tu opinión y su destino también será el tuyo. Hay muchas personas en las instituciones que no se pueden permitir este destino. Muchas que no pueden alzar sus brazos a modo de protesta incluso cuando la voluntad de la institución se revela violenta. Tenemos que apoyar a aquellas que están dispuestas a revelar que la voluntad de la institución es violenta; tenemos que convertirnos en nuestro propio sistema de apoyo. Así, cuando ella dé su opinión, cuando ella sea —y lo será— rápidamente representada como la niña obcecada que merece su destino, a la que se golpea porque su voluntad es inmadura y miserable, no será un brazo que se levantará solitario; no será sólo un brazo.

Tal vez el brazo en la historia de los Grimm es también un argumento feminista. Argumentar de forma feminista es arriesgarse. No es de extrañar que el brazo siga emergiendo. Expone un asunto delicado. La niña obcecada es un asunto delicado. Continuamos diciéndolo porque continúan haciéndolo: juntando los

mismos cuerpos de siempre, haciendo las cosas de siempre. Ella continúa apareciendo porque hay mucha historia que sacar a la luz. Pero cuando ella aparece, esta historia es lo que no se revela. Su brazo es extraordinario; cuando ella presenta sus ideas, se convierte en un espectáculo. Su amargura se convierte en el espectáculo. Y no en balde lo que sigue a su intervención pretende disciplinarla. Y no en balde lo que la precede pretende ponerla sobre aviso.

Y aún así: ella persevera.

Podemos pensar en el feminismo como una historia de la perseverancia. La historia feminista es la historia de convertirnos en una armada. Tal vez, pues: no es tanto que la niña sea obcecada porque desobedece, sino que se convierte en obcecada para, así, desobedecer. Para perseverar en su desobediencia, la niña se convierte en su brazo. No es que el brazo herede la obcecación de la niña. La niña hereda la obcecación de su brazo. Su brazo: un devenir con voluntad propia. Ella reivindica su brazo como propio. No es de extrañar que el brazo en la historia de los Grimm aparezca solo. Así la historia opera como ideología con contundencia: la idea implícita es que la desobediencia es solitaria y no recibe apoyos. Podemos querer escuchar esta historia como una súplica: a unir nuestros brazos, a mostrar nuestros brazos unidos.

Juntamos una armada feminista en respuesta a esta súplica. Una armada de brazos feministas que latería con vida y vitalidad compartida. Los brazos feministas no se prestan a apoyar el orden familiar o social. Apoyamos a aquellas que no apoyan la reproducción de este orden. El brazo que sigue emergiendo puede no estar dispuesto a hacer las tareas del hogar, a mantener la casa del hombre, a liberar el tiempo del hombre para que este pueda reflexionar. Cuando las mujeres se niegan a ser asistentes, cuando nos negamos a limpiar lo que ensució él, cuando nos negamos a ser sus secretarías, las guardianas de sus secretos, su mano derecha, nos convertimos en sujetos obcecados.

Podemos entender por qué, de entre todas las extremidades, el brazo es relevante. Un brazo te permite alcanzar, llevar, aguantar, completar cierto tipo de tareas. A lo largo de la historia los brazos se han identificado con las extremidades del trabajo o incluso con las extremidades de la clase trabajadora. Se supone que los brazos están dispuestos a trabajar. No todos los brazos, sin embargo. Arlie Hochschild describe “cómo el brazo del trabajador de la fábrica funcionaba como parte de la maquinaria usada para producir papel pintado. Su jefe consideraba su brazo como un instrumento, y reclamaba el control de su velocidad y de sus movimientos. En esta situación, ¿Cuál era la relación entre el brazo del trabajador y su mente? ¿Era su brazo en algún sentido significativo suyo, *propio*?” (2003: 7;

énfasis en el original).⁶ Cuando los brazos de los trabajadores se convierten en herramientas de creación de riqueza, los trabajadores pierden sus brazos. Y cuando esos brazos se convierten en los del jefe, los brazos del jefe se liberan.

Podemos pensar en otra forma en la que los brazos hacen huelga. Ser parte de una huelga significa cerrar el puño, negarse a estar disponible. Significa negarse a trabajar: arremeter contra las condiciones laborales. Cuando los trabajadores se niegan a que sus brazos sean la herramienta del amo, hacen huelga. El puño cerrado es el signo revolucionario para los movimientos obreros en todo el mundo. El brazo en el sombrío cuento de los Grimm pertenece a esta historia también: el brazo es una extremidad revolucionaria, una promesa de lo que va a venir, de que la historia está siendo aún, no está acabada.

Una feminista no presta su brazo, también cierra el puño. El puño cerrado es una protesta en contra del símbolo *mujer* —al estar dentro del símbolo *mujer*— así como una resignificación de las manos del feminismo como manos de protesta. Las manos feministas no son serviciales puesto que no ayudan a las mujeres a ayudar. Cuando una mano se cierra en forma de puño feminista interviene en un movimiento.

Los brazos nos recuerdan que el trabajo, esto es, quién trabaja para quién, es una cuestión feminista. El trabajo incluye el trabajo reproductivo, esto es, el trabajo de reproducir la vida; el trabajo de reproducir las condiciones que permiten vivir a otras personas. Mujeres negras, mujeres de color, mujeres de clase obrera, mujeres migrantes, mujeres que han trabajado en las fábricas, en los campos, en casa; mujeres que se preocupan por sus propias hijas y por las hijas de otras; estas mujeres se han convertido en los brazos de otras mujeres cuyo tiempo y energía han sido liberados. El feminismo que quiera estar a la altura de su nombre se negará a liberar a algunas mujeres de ser brazos mediante el empleo de otras mujeres que ocupen ese lugar. El feminismo necesita repudiar esta división del trabajo, este mecanismo por el cual el tiempo y la energía de algunas personas se preserva mediante el empleo de las extremidades de otras. Si la liberación de tiempo y energía depende del trabajo de otras personas, simplemente les estamos traspasando nuestro agotamiento. Podemos traer a colación la crítica de bell hooks a la solución que Betty Friedan encuentra para la infelicidad de la ama de casa, el “problema que no tiene nombre”. hooks señala: “[Betty Friedan] no decía quién tendría entonces que encargarse del cuidado de los hijos y del mantenimiento del hogar si cada vez más mujeres, como ella, eran liberadas de sus trabajos domésticos y obtenían un acceso a las profesiones similar al de los varones blancos” (hooks, 2004: 33-34).

⁶ N. de la T. Las traducciones de citas empleadas por Sara Ahmed en este artículo son propias excepto en el caso de Davis y hooks, cuyas obras cuentan con traducciones al español incluidas en la bibliografía.

Cuando es necesario que otras personas trabajen para liberarte a ti del trabajo, esas personas pagan el precio de tu libertad. Eso no es libertad. Una armada feminista que da vida y vitalidad a los brazos de algunas mujeres privando a los brazos de otras mujeres de vida y vitalidad está reproduciendo el patrón de desigualdad e injusticia. Eso no es libertad. Si queremos que el feminismo sea una llamada a las armas, no podemos permitir que se convierta en trabajo muerto.⁷ Debemos negarnos a apoyar un sistema que chupa la sangre, la vitalidad y la vida de las extremidades de las trabajadoras.

Debemos escuchar los *brazos* en esta llamada a las *armas*. Una llamada es también un lamento, una expresión apasionada de luto y pesar. La obcecación tal vez no es únicamente una protesta contra la violencia sino la exigencia de un retorno: el de la niña, el de su brazo. Podemos empezar a comprender qué se exige: exigir su retorno es, a su vez, exigir el reconocimiento del robo de vida y vitalidad de algunos cuerpos; de algunos brazos. Es exigir un desagravio.

Una llamada a las armas es siempre un recordatorio. Podemos recordar a Sojourner Truth dirigiéndose a las sufragistas, teniendo que insistir en el hecho de ser mujer como mujer negra y antigua esclava: “¿Acaso no soy una mujer?”, dice ella. “Miradme”, dice. “Mirad mi brazo”. Se dice que, durante su obstinado discurso, Sojourner Truth “se remangó el brazo derecho hasta el hombro mostrando su tremenda fuerza muscular” (Zackodnick, 2011: 99). En *Mujeres, raza y clase*, Angela Davis señala cómo Truth, al mostrar su brazo, desafió los argumentos sobre el “sexo débil” empleados por aquellos que se oponían a la causa sufragista. Eran argumentos basados en pruebas endeble sobre cuerpos endebles: “que era ridículo que las mujeres aspiraran a votar, dado que ni siquiera podían cruzar un charco o subir a un carruaje sin la ayuda de un hombre” (Davis, 2004: 69). En su discurso, según ha sido recogido por testigos, Sojourner Truth hace alusión a su propia historia laboral: “yo he arado y he sembrado y he almacenado en granero y ningún hombre podía darme alcance... he dado a luz a trece hijos y he visto cómo la mayoría eran vendidos como esclavos” (Zackodnick, 2011: 99). La musculosidad de su brazo es un legado histórico; la historia de la esclavitud mostrada en la fuerza de su brazo, el brazo necesario para arar, sembrar y dar a luz hijos que acabarán siendo propiedad del amo.

⁷ N. de la T. Trabajo muerto o no-objetivado es un término marxista que se contrapone al trabajo vivo u objetivado. Según Marx, “El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa. El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual el capitalista consume la fuerza de trabajo que ha adquirido. Si el obrero consume para sí mismo el tiempo a su disposición, roba al capitalista” (Marx, 1975: 179).

Los brazos de los esclavos pertenecían al amo, así como los esclavos, quienes no debían tener una voluntad propia. Cualquier expresión de voluntad se convierte en una voluntad obcecada si se parte del supuesto de que no deberías tener una voluntad propia. Por supuesto, no debemos pensar en el brazo evocado aquí sólo como el brazo de Truth. El brazo no aporta su propio testimonio. Fue una prominente feminista blanca, reformista y abolicionista, Frances Dana Barker Gage, quien nos proporcionó esta conocida versión del discurso de Truth y del “testimonio armado”. Esta versión es una cita: únicamente el testimonio de otros nos da acceso al discurso de Sojourner Truth; más concretamente, el testimonio de mujeres blancas. De esto podemos aprender que hay que ser cautas sobre nuestra capacidad para dar testimonio sobre el trabajo y los discursos de los *brazos* a lo largo de la historia: tal vez únicamente podamos escuchar esta llamada a las *armas* a través de la mediación de otras extremidades. Esta mediación no implica que no podamos oír la verdad. En su análisis del discurso de Truth, Patricia Hill Collins señala esta falta de acceso directo como una “limitación”: “Pese a esta limitación, en su discurso Truth realiza un análisis incisivo de la definición del término *mujer* a mediados del siglo XIX” (2000: 12). Por tanto, Collins trata el discurso de Truth como ejemplo del trabajo de una intelectual: muestra cómo Truth deconstruye la categoría “mujer” al poner de manifiesto la distancia entre su propia experiencia encarnada como mujer afroamericana y la categoría de “mujer” (2000: 12–13).

En otras manos, los brazos pueden convertirse en extremidades deconstructivas o puntos interseccionales. Los brazos pueden encarnar nuestro fracaso a la hora de habitar una categoría. Los brazos pueden ser ejemplo de cómo insistimos en habitar una categoría en la que no entramos. Los brazos pueden poner una categoría en crisis. Los brazos hacen huelga cuando se niegan a trabajar; cuando se niegan a participar en su propia subordinación. Sin duda, nos tenemos que *fijar en los brazos* si queremos entender la historia de quienes los han alzado contra la opresión.

Brazos: seguirán emergiendo.

Obcecación: cómo algunas personas se levantan empleando las mismas extremidades que han sido moldeadas por su subordinación.

Y: son las mujeres que tienen que insistir en ser mujeres, que tienen que insistir obcecadamente en que forman parte del movimiento feminista, a veces teniendo que mostrar sus brazos, las que ofrecen la mejor esperanza a la revolución feminista.

Los brazos que construyeron la casa son los que brazos que la destruirán.

Traducción de MAYTE CANTERO SÁNCHEZ

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Collins, Patricia Hill (2000), *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*, Nueva York, Routledge.
- Davis, Angela (2004), *Mujeres, raza y clase*, Madrid, Akal. [1981]
- Hochschild, Arlie Russell (2003), *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press. [1983]
- hooks, bell (2004), “Mujeres Negras: Dar forma a la teoría feminista”, en *Otras inapropiables*, Madrid, Editorial Traficantes de Sueños. [1984]
- Marx, Karl (1975), *El Capital. Tomo I*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Miller, Alice (1987), *For Your Own Good: The Roots of Violence in Child-Rearing*, Londres, Virago Press.
- Zackodnik, Teresa (2011), *Press, Platform, Pulpit: Black Feminist Publics in the Era of Reform*, Knoxville, University of Tennessee Press.

